

ARTE Y CIENCIA
EN EL BARROCO ESPAÑOL

Historia natural,
coleccionismo y cultura visual

José Ramón Marcaida López

ÍNDICE

	Pág
PRÓLOGO, por Juan Pimentel	11
AGRADECIMIENTOS.....	17
INTRODUCCIÓN	21
CIENCIA MODERNA Y CULTURA DEL BARROCO	23
ACUMULACIÓN - REPRESENTACIÓN - PRESERVACIÓN	35
CAPÍTULO 1. ACUMULACIÓN	45
CULTURA MATERIAL REPRESENTADA: LA PINTURA DE GABINETES	48
LA DESMATERIALIZACIÓN DE LAS COLECCIONES: DE LA ACUMULACIÓN DE OBJETOS A LA ACUMULACIÓN DE IMÁGENES (DE OBJETOS)	55
<i>El mundo natural convertido en bien de consumo</i>	56
<i>El coleccionismo de curiosidades</i>	63
<i>El triunfo del capital mimético</i>	71
<i>El caso del perpetuum mobile</i>	75
POSESIONES VIRTUALES, COLECCIONES FICTICIAS	80
<i>El «Cuarto Bajo de Verano»</i>	80
<i>Don Juan de Espina</i>	97
JUAN EUSEBIO NIEREMBERG: ACUMULACIÓN Y CONOCIMIENTO NATURAL...	117
CULTURA MATERIAL BARROCA: ACUMULACIÓN Y LEVEDAD	132
CAPÍTULO 2. REPRESENTACIÓN	137
IMÁGENES DEL NUEVO MUNDO. LAS ILUSTRACIONES DE LA EXPEDICIÓN DE FRANCISCO HERNÁNDEZ	142
<i>Las imágenes herandinas como ilustraciones «científicas»</i>	146

	Pág
<i>Naturaleza, imágenes, textos. «Del natural» y su representación..</i>	156
<i>Las imágenes hermandinas en El Escorial</i>	159
<i>El proyecto editorial de los Lincei.....</i>	162
NIEREMBERG Y LOS RETRATOS DE LA NATURALEZA PEREGRINA	170
<i>Historia naturae: un palacio con las paredes vacías</i>	176
«PUNTUAL», «ACOMODADA» IMITACIÓN. LA REPRESENTACIÓN DE LA NATURALEZA EN EL ARTE.....	180
VISUALIZACIÓN BARROCA E HISTORIA NATURAL.....	192
<i>El caso de la flor de la pasión</i>	195
CONOCIMIENTO NATURAL, VISUALIZACIÓN E INVISIBILIDAD.....	203
CAPÍTULO 3. PRESERVACIÓN	209
PRESERVACIÓN Y CULTURA VISUAL MODERNA.....	213
HISTORIA NATURAL Y PRESERVACIÓN: EL AVE DEL PARAÍSO.....	220
<i>Tener y no tener (patas): el ave del paraíso en la cultura moderna .</i>	222
<i>Nieremberg y la manucodiata</i>	232
<i>El ave del paraíso y la cultura visual moderna</i>	239
<i>El ave del paraíso en la pintura</i>	246
PRESERVACIÓN, CONOCIMIENTO Y VANITAS.....	252
<i>Nieremberg y el tema de la vanidad del mundo</i>	256
<i>Ciencia y pintura de vanitas: Antonio de Pereda y Juan de Valdés Leal</i>	260
<i>El conocimiento natural como vanitas</i>	275
CONCLUSIONES.....	279
BIBLIOGRAFÍA.....	287
ÍNDICE DE ILUSTRACIONES.....	327
ÍNDICE DE NOMBRES	331
ÍNDICE DE LUGARES.....	337

PRÓLOGO

Como las familias infelices de Tolstoi, que cada una lo era a su manera, cada país tiene sus polémicas historiográficas recurrentes, esos temas de discusión que invariablemente se ponen encima de la mesa año tras año (de hecho a veces se evitan pero tarde o temprano vuelven a salir). Una de esas polémicas en la historia de España es la de su difícil modernidad, o al menos la de su laborioso acceso a los procesos que han configurado la modernización en las naciones occidentales. Yo recuerdo haber leído y haber oído discutir sin desmayo sobre si España había tenido o no revolución industrial, revolución burguesa o revolución agraria. Visto con algo de distancia, eran debates propios de la Transición, cuando la historiografía española estaba encarando desde diversas ópticas nuestro intento por homologarnos al entorno europeo, por sepultar la singularidad o los hechos diferenciales. Ahora, la generación del autor de este libro lo que se pregunta, precisamente, es si hubo Transición. Digamos que somos un país con una cierta tendencia a desconfiar de nuestro pasado. Intentar explicarlo me obligaría a realizar uno de esos juicios esencialistas sobre una supuesta psicología colectiva.

En todo caso, el mejor antídoto contra el escepticismo, la mejor receta para combatir el pesimismo hispánico e incluso para mirar con ilusión el porvenir de la defectuosa vida académica española es tener alumnos trabajadores, brillantes y buenos compañeros. Tuve la fortuna de poder dirigir la tesis doctoral de José Ramón Marcaida, origen de este libro.

Uno de los asuntos de fondo de su investigación está relacionado con ese tema de la *difícil modernidad* española: la tensión entre

la cultura del Barroco (asociada a las artes y las letras, al mundo católico, a entornos como el español) y la ciencia moderna (un proceso tradicionalmente ligado al lenguaje experimental y las matemáticas, a los grandes genios y las instituciones del saber).

La historia de la ciencia, una de las disciplinas más innovadoras y pujantes de los últimos treinta años en Europa y Estados Unidos, se enfrenta en España a problemas derivados de su escasa institucionalización, su débil presencia pública, su escasa tradición. En ocasiones uno está tentado de decir que no es que España no haya participado de la revolución científica, sino que nos ha faltado una historiografía de peso sobre este fenómeno (quiero decir a gran escala, sólo hace falta pensar en los dieciséis volúmenes del *Dictionary of Scientific Biography* dirigido por Gillespie para calibrar qué hemos hecho y qué nos falta por hacer). Precisamente José María López Piñero, que dirigió un utilísimo pero más modesto diccionario histórico de la ciencia moderna y que sin duda fue el pionero y la figura central para entender cómo y en qué dirección se implantó la disciplina en los años setenta y ochenta, o sea, en los años de la Transición, más que dibujar un mapa, orientó una perspectiva o formalizó una mirada que provocó una mayor atención sobre los momentos de *aggiornamento* de la ciencia española: la Edad de Plata, la Ilustración, el Humanismo, esos momentos en que por fin habíamos sido *modernos*. Con más razones que en otros lugares, o tal vez con cierto retraso, en España la historia de la ciencia ha estado muy ligada a la ideología del progreso, al relato ascendente de corte *neoilustrado* que trataba de glosar cuándo, cómo y a través de qué medios nos hicimos *modernos*. La polémica de la ciencia española (que tanto detestaba López Piñero, no sin razón) siempre ha sido una versión o adaptación de la espinosa cuestión de la modernidad ibérica, un tema del que se huye, sí, pero que, como esas viejas discusiones familiares, siempre acaba por reaparecer. De manera que en los años posteriores a la Transición, España se normalizó también en este sentido. Sin Galileos ni Newtones, aquí también había habido ciencia, instituciones, aportaciones, personajes memorables, momentos álgidos.

El esfuerzo fue notable, pero lo irónico es que, mientras tanto, los europeos (algunos de ellos al menos) estaban reconociendo que ellos no habían sido tan modernos, que de hecho *nunca habían sido modernos*, por emplear la fórmula de Bruno Latour.

El desmontaje de la pieza central de la historiografía de la ciencia moderna, la revolución científica, es muy significativo. Desde las grandes narrativas de Cohen, Koyré o Westfall a la mirada sociológica y microscópica de Shapin, Schaffer o Biagioli, somos incapaces de seguir centrando el sujeto y el objeto de nuestro trabajo como se hacía antes. Los antiguos personajes han sido sustituidos por otros y cuando volvemos a estudiar a los clásicos no los vemos de la misma forma. Sabemos que los centros se han construido desde las periferias. Los procesos de difusión se han problematizado. Hoy sabemos que el conocimiento se convierte en cierto porque se universaliza y no al revés. La antigua jerarquía entre países del *main stream* y el resto se ha difuminado. Por eso, el propio papel de los países ibéricos en la constitución de la ciencia moderna ha sido seriamente revisado. En términos generales, nos interesa más el cómo que el qué de la ciencia, sus prácticas reales más que sus textos canónicos, las divergencias y controversias, la circulación, los objetos y la cultura material, naturalmente, las imágenes y la cultura visual. En efecto, también la historia de la ciencia ha experimentado los efectos del *giro visual*. Como dice Rodríguez de la Flor, vivimos una época marcada por la «hiperplasia de la imagen». El grabado, pero también los gráficos, los lienzos, la propia mirada, el trasiego constante entre el conocimiento de la naturaleza y la expresión artística, el papel de la imagen en la confección y circulación de la ciencia, son temas que llevan nutriendo una amplia y creciente literatura.

Con este horizonte, adentrarse en la cultura del Barroco, estudiar cuánta ciencia está alojada en soportes tradicionalmente tratados por la historia del arte, observar la ciencia fuera del laboratorio e investigar en un período tenido por sombrío para la ciencia ibérica constituían un reto destinado a poner el foco en un lugar estratégico para abordar cuestiones pendientes en la disciplina. Sólo

alguien con una formación más que notable, con una gran capacidad de trabajo y con un ánimo de adueñarse de bibliografías muy dispares entre sí podía hacer este trabajo. No es sencillo leer y manejar la literatura internacional reciente sobre historia de la ciencia y familiarizarse con la que hay sobre pintura en el Siglo de Oro. Paula Findlen y Pérez Sánchez, por ejemplo, o Jonathan Brown y Florike Egmond, forman parte de universos paralelos, por decirlo en una palabra. Este es un trabajo muy ambicioso, muy transdisciplinar más allá de las retóricas al uso. Sólo hace falta repasar las notas a pie de página para comprobar con qué tipo de autores dialoga Marcaida, qué anchos son los materiales con los que trabaja. Lorraine Daston afirmaba que una de las características de la nueva historia cultural de la ciencia era el ecumenismo de sus fuentes. Así es, hoy día un historiador de la ciencia no se conforma con trabajar los productos incluidos en su área bajo una taxonomía disciplinar tradicional. Como hace el autor de este libro, debe buscar trazas del conocimiento de la naturaleza en la literatura mística, en prácticas culturales como el coleccionismo, en la organización de un imperio, en naturalezas muertas, historias morales o emblemas. Y viceversa, la ciencia ha experimentado siempre (y sigue haciéndolo) las inquietudes y formas de expresión propias de la cultura en la que se gesta. La cirugía ha dejado de ser una práctica útil para el historiador de la ciencia: debe cambiar el bisturí por otra herramienta, un instrumento que permita visualizar y no seccionar.

Cuando conocí a José Ramón, pronto compartimos el interés por este tema, por un enfoque de esta naturaleza y por este tipo de problemas. El hecho de que su tesis doctoral, un trabajo de historia de la ciencia desarrollado en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas, haya obtenido el prestigioso premio Alfonso Pérez Sánchez de la Fundación Focus-Abengoa, un reconocimiento internacional de historia del arte, me llena de satisfacción por muchos motivos: por José Ramón en primer lugar, pero también por lo que significa para una disciplina que puede y debe conquistar otros espacios académicos en España, tal y como ocurre en otras partes del mundo.

Sería pretencioso afirmar que este libro resuelve las paradojas de la ciencia moderna en España. Se necesitan muchas investigaciones y un trabajo sostenido de mucha gente para normalizar enteramente nuestro pasado científico. Pero este libro explora caminos poco transitados y tiene las virtudes de los trabajos sólidos, la madurez y el empaque de las investigaciones que perdurarán. Pese a estudiar un caso o varios casos hispanos su mirada es transnacional. Su autor es minucioso hasta el extremo cuando debe serlo, pero también sabe ampliar el horizonte y mirar a lo alto cuando se requiere. Es decir, sabe descender a los detalles pero no resulta superficial. El argumento está bien construido, su factura es impecable. Marcaida es un historiador que desprende credibilidad por lo que hace y cómo lo hace: cuando sabe de algo lo dice, cuando no lo sabe no lo disimula; pese a manejar referencias intelectuales muy variadas, no las emplea para abrumar al lector ni para aparentar. El lector sabrá distinguir a qué me refiero, pues el pacto de credibilidad que se establece entre un autor y sus lectores es tan importante para que una historia se sostenga como privado e intransferible.

Marcaida acaba de obtener un contrato en la Universidad de Cambridge, donde ya ha sido becario postdoctoral. La entera homologación de nuestro pasado científico (y también de nuestro presente) pasa por habilitar espacio en nuestras universidades y centros de investigación a los investigadores de su generación, profesionales que se han formado aquí y en el extranjero (con los impuestos de todos los españoles). Conozco a muchos de ellos, se manejan con soltura y naturalidad en los espacios académicos más exigentes, en las mejores universidades del mundo, donde no tardarán demasiado en obtener acomodo definitivo mientras aquí seguiremos practicando nuestros pasatiempos favoritos: reformar los planes de estudios y la estructura de nuestros departamentos, mientras evaluamos las razones de un naufragio bastante previsible. Pero debemos ser optimistas, al menos mientras haya jóvenes y libros que dignifiquen la tarea del historiador y las instituciones donde han trabajado.

Juan PIMENTEL